

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

AÑO XI

ENERO DE 1979

No. 8-9

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
La misión formativa del profesor de Historia, por William M. Mackay Higgs	3
Algunas ideas sobre la enseñanza de la Historia del Perú, por José Antonio del Busto Duthurburu	13
Miguel Grau, por Raúl Palacios Rodríguez	16
Los conceptos sobre América, por Margarita Guerra Martiniere	19
Opiniones sobre la enseñanza de la Historia	25

SERVICIO DE COOPERACION CON EL MAGISTERIO

Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero

Pontificia Universidad Católica del Perú

*"Tener glorias comunes en el pasado,
una voluntad común en el presente,
haber hecho juntos grandes cosas,
querer hacerlas aún:
he ahí las condiciones esenciales para ser un pueblo".*

Ernesto Renan

Dedicamos este número de Enseñanza de la Historia al Profesor William M. Mackay Higgs, eminente pedagogo británico, quien por dieciséis largos años laboró en el Perú con entrega y generosidad ejemplares.

Desde el Colegio San Andrés -antes Anglo Peruano- en el que fue profesor, director y coordinador general, Mackay se consagró a las tareas educativas, entendiéndolas no como la trasmisión fría y mecánica de información sino como alto ejercicio de formación integral del hombre.

El Profesor Mackay es, no obstante su alejamiento del país, un leal amigo y colaborador del Instituto Riva-Agüero. Su ponderada estimación del papel de las disciplinas históricas en el aprendizaje de un auténtico humanismo, incardinado en el amor a la Patria, se revela y plasma en la conferencia que reproducimos en estas páginas.

LA MISION FORMATIVA DEL PROFESOR DE HISTORIA*

Considero un privilegio la invitación recibida para ofrecer esta conferencia inaugural. El tema de estudio de la serie es "La Guerra del Pacífico" pero el asunto sugerido para mi participación no tiene que ver directamente con conflictos bélicos, sino con la labor constructiva de enseñanza y formación, y con las actitudes que se esperan del profesor al tratar temas a veces espinosos y temas a veces difíciles de colocar en perspectivas más amplias por el calor de la lealtad que uno siente por uno u otro lado.

Quisiera que me acompañen en algunas reflexiones sobre este tema, porque no pretendo ofrecer ninguna respuesta única ni completa. Agruparemos estas reflexiones en dos aspectos.

Es obvio que la misión formativa del profesor de historia tiene que ver con sus alumnos. Quizás no sea tan evidente que la misión formativa del profesor tenga que ver consigo mismo y que la primera misión formativa del profesor está en relación a su propia persona y pensamiento. Mi misión formativa en relación con mis alumnos dependerá muy fundamentalmente de mi propia formación, de mis actitudes hacia la vida y hacia la historia.

Examinaremos primeramente esta misión formativa del profesor hacia sí mismo. Lo hacemos en tres áreas:

- (a) La Historia
- (b) Conocimientos generales
- (c) Visión de la vida y el universo.

* Lección inaugural del Seminario sobre Problemas de la Enseñanza de la Historia para Profesores de Educación Secundaria, ofrecida el 26 de abril de 1976 en el Instituto Riva-Agüero.

(a) La Historia

Hay varios conceptos de lo que es la historia. Dos personas pueden llegar a conclusiones completamente divergentes en cuanto a la historia. Una anécdota quizás apócrifa servirá para aclarar este aspecto. Uno de los novelistas famosos de Escocia a principios de este siglo llamado John Buchan se preocupó en escribir un libro sobre una de las figuras conflictivas de la historia escocesa del siglo XVII, el Duque de Montrose. No era una novela sino un estudio histórico y Buchan estaba orgulloso de lo alcanzado. Poco después de la publicación del libro fue a la ciudad de St. Andrews y allí visitó a un historiador muy respetado por la minuciosidad y cuidado que tenía en su investigación. Como es común entre hombres cultos, Buchan expresó interés en visitar la biblioteca del historiador, biblioteca que tenía y todavía tiene fama. Mientras iba revisando la sección "Historia" se le notaba algo preocupado. Repasaba varias veces el estante de biografías del siglo XVII. La voz del historiador le aclaró la situación: "Si buscas tu último libro sobre Montrose, lo encontrarás, no en la sección de Historia, sino en la sección de Ficción".

A la luz de las divergencias humanas en cuanto a la Historia ¿qué es la Historia? Quiero aquí referirme a C.S. Lewis, catedrático inglés, quien presenta seis diferentes significados de la palabra Historia (1).

1. El contenido total del tiempo: el pasado, el presente y el futuro.
2. El contenido del pasado únicamente; sin embargo, el contenido total del pasado, el pasado como era en toda su riqueza abundante.
3. Tanto como se puede descubrir del pasado partiendo de la evidencia que existe.
4. El pasado descubierto por los investigadores de la historia, los historiadores pioneros a quienes no conoce el público.
5. La versión de lo descubierto que ha sido preparada y escrita por los grandes historiadores.
6. El cuadro vago y compuesto que flota borroso en la mente del hombre de mediana cultura.

Al situarnos frente a estas seis descripciones de la Historia, como profesores de Historia tenemos que asumir posiciones. La sexta no podemos aceptarla porque trata de generalidades - del hombre primitivo, de los griegos y romanos, de los hombres del Renacimiento - como si fuesen todos el promedio de su grupo.

(1) Ensayo "Historicism" de C.S. Lewis, publicado en una colección de ensayos bajo el título *Fern Seed and Elephants* por Fontana Collins, 1975.

Pero hay problemas con los otros sentidos descritos. Por ejemplo, el primero, que la Historia es el contenido total del tiempo. La Historia como narración escrita por el dedo de Dios está en el conocimiento de Dios, pero no está al alcance del ser humano.

El segundo sentido presente problemas porque es poco probable que sea factible escribir una Historia completa cuando todavía el futuro contenga información esencial para la interpretación del presente. Viajamos en el viaje de la vida con nuestras espaldas hacia el chofer. No sabemos hasta qué punto hemos alcanzado en el viaje. Hasta este momento no tenemos todo el conocimiento que requerimos para tratar del pasado en toda su compleja riqueza. Aquí es importante llegar a comprender que nuestro problema es no saber casi nada de toda la plenitud del pasado. Cada uno de nosotros experimenta miles de sentimientos, emociones y pensamientos cada día. El pasado es un torrente incontenible de estas experiencias sumamente complejas. Ninguno de nosotros podría narrar completamente toda nuestra vida en las últimas 24 horas y ¿cómo pensar en los miles de millones de habitantes de todo el mundo y la historia completa de todas sus experiencias?

Los otros sentidos de la historia forman una visión más realista de la materia prima del historiador. Hay limitaciones de recursos, la evidencia no está completa, tenemos que reconocer que otra evidencia pueda presentarse y no adoptar actitudes absolutistas. La investigación histórica y la narración de sus conclusiones requieren de amplia visión y de humildad en su presentación.

A estas reflexiones de la misión formativa del profesor hacia sí mismo en lo histórico quiero añadir brevemente otra faceta en el aspecto histórico. La historia es la ciencia del hombre, ciencia del pasado humano.

Como dice Lucien Febvre: "La historia es ciencia del hombre: y también de los hechos. Sí pero de los hechos humanos. La tarea del historiador: volver a encontrar a los hombres que han vivido los hechos y a los que más tarde, se alojaron en ellos para interpretarlos en cada caso" (2).

Así que el profesor de historia tiene que formarse en las corrientes profundas de la historia, no aceptando las ficciones sino examinando con cuidado y con criterio lo que corresponde al historiador.

(2) Lucien Febvre, *Combates por la Historia*.

(b) Conocimientos generales

El profesor de historia en su autoformación está llamado a interesarse en muchos aspectos del conocimiento humano, porque es imposible entender los movimientos de la historia sin esta comprensión.

La Geografía es una herramienta que permite captar el trasfondo de lo histórico en cuanto al ambiente de su ubicación. Una comprensión del desarrollo de las Ciencias Naturales es indispensable para el entendimiento de las diversas fases de la Revolución Industrial, como también de la Era Espacial en que los estudios de Matemáticas y Astronomía, de las teorías de la relatividad, pueden ser de mucha importancia. Lo que quiero subrayar aquí es solamente que el historiador que trata de nuestros tiempos podrá escribir con mayor discernimiento si entiende algo de estas ramas del conocimiento humano.

“La Historia es la ciencia más dependiente de todas. Ella precisa más que otra ninguna de continuos auxilios y apoyos de otras muchas ciencias: para formar sus nociones, para fijar sus normas, para llenar sus fondos. Todas las ciencias hermanas son, a su vez, ciencia auxiliar al entendimiento histórico: la teología, la ciencia jurídica, la etnología, la lingüística, la economía política y la sociología. Pero la causa de la dependencia de la historiología estriba en bases mucho más hondas todavía, pues no sólo dependen constantemente de otras ciencias, sino también de la cultura, de la misma vida. La riqueza y la dirección de la cultura determinan en todo tiempo la naturaleza y el valor de su producción histórica, hasta tal punto, que la experiencia personal del contemplador individual determina la calidad de sus conocimientos históricos” (3).

Los grandes pintores han dejado testimonios cuya evidencia es sumamente valiosa. El arte también puede proveer conocimiento.

Los idiomas abren horizontes nuevos y el historiador que domina el francés, el alemán, el inglés o el latín y el griego (estos últimos por alguna ignota razón completamente descuidados en nuestro medio peruano) tiene facilidades para ampliar sus conocimientos y entrar en contacto con otros tiempos y otros modos de vivir y pensar.

Ni se ha mencionado la Filosofía, el estudio de las ideas que están detrás de los pensamientos y acciones de los hombres.

Creo que se ha dicho lo suficiente para que se capte el enfoque de este énfasis - el de aprovechar todos los conocimientos posibles a nuestro limitado alcance para que veamos la vida humana en su contexto más amplio y real, para que nuestro estudio de la historia

(3) J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media*.

también tenga el respaldo de una formación más general.

(c) Visión de la vida y del Universo

El tercer aspecto de la misión formativa hacia sí mismo del profesor de historia es la formación de una visión de la vida y el universo.

El profesor de Historia no sólo es profesor; es persona. Sus conceptos como persona, su formación como persona son tan importantes para él y para otros como su formación histórica. De algún modo nuestro concepto de la vida influenciará nuestro concepto de la historia. No estudiamos sin que tácitamente o explícitamente expresemos valores más profundos.

Muchas veces se habla de la verdad, de la realidad histórica, pero estas palabras tienen poco sentido si no estamos en condiciones de precisar el pensamiento que está detrás de la expresión.

Sin tratar exhaustivamente este planteamiento quiero seleccionar dos filosofías que moldean el pensamiento humano hoy. Son dos filosofías opuestas, pero ambas proceden de judíos. El cristianismo viene por Jesucristo, el comunismo por Karl Marx. Jesús era carpintero, Marx era teórico. Jesús dijo que lo material es siervo de lo espiritual. Marx dijo que lo espiritual es siervo de lo material. El marxismo es la conclusión lógica de una tendencia de varios siglos en la cultura occidental de reemplazar la metafísica cristiana con una teoría materialista de valores y un método pragmático de verificación. El cristiano apela al conocimiento y voluntad de Dios; Marx considera lo espiritual como algo sin relevancia para explicar el tejido de la historia. Para él, la dialéctica dentro del movimiento de la historia está dirigida por el conflicto activo de las contradicciones sociales. Las tensiones de la lucha determinan la historia (4). La verdad es el proceso materialista y uno participa de esta verdad solamente en la medida en la que participa del flujo del proceso. Saliendo del proceso irreversible, rompiendo con el partido, significa que la persona pierde valor, y su vida todo sentido.

El comunismo declara a todos los vientos su interés en resolver el problema de la injusticia, pero su metodología rechaza las fuerzas espirituales y morales por las cuales toda decencia se preserva. Por su seguridad social y económica, la honestidad, la rectitud, la justicia y el amor son sacrificados. Marx ha tracionado las normas de moralidad y justicia con la tesis del materialismo dialéctico.

(4) E. J. Carnell, **Filosofía de la Religión Cristiana.**

La persona que acepta los criterios marxistas tiene mayor libertad para actuar viviendo en una sociedad de conceptos pluralistas, pero no puede dejar de contemplar la vida según las categorías del materialismo y la lucha de clases.

En la cultura occidental una fe de origen oriental ha tenido vigencia durante muchos siglos. La creencia en el reino de la verdad, de la bondad, y de lo bello como norma incambiable sobre y en la historia ha servido de inspiración para muchos de los logros culturales y sociales.

Para un resumen sucinto pero completo de esta visión de las cosas muy pertinente a nuestro estudio, quiero referirme al discurso de orden en el acto académico con que el Instituto Riva-Agüero celebró los veinticinco años de su fundación, "Principios para una Interpretación Bíblica de la Historia", discurso ofrecido por el actual Sub-director del Instituto, Armando Nieto Vélez. Allí se trata la doctrina de Dios Creador del hombre en su libertad y rebeldía; de la Encarnación, la Resurrección, la Parusia.

Es una visión que no se limita a lo terrenal, sino que ofrece la perspectiva de la creación por Dios, la obra del espíritu en la formación de la materia, de los seres humanos, la problemática del orgullo humano, y sus consecuencias en la rebeldía contra Dios. No quiero repetir lo dicho allí sino subrayar que las normas prácticas que brotan de la doctrina cristiana se pueden resumir en dos aspectos: el amor hacia Dios con todo el corazón, la mente y las fuerzas, y el amor para con el prójimo como a uno mismo.

Hay una oposición completa, rotunda y absoluta entre la doctrina de la lucha de clases y la aplicación de la regla de oro: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen".

¿Sobre qué ideas vamos a construir o formar nuestras vidas? Las conclusiones a las que lleguemos tendrán consecuencias profundas en el impacto que hagan en nuestra formación. Existen otros conceptos que han formado la base para el pensamiento humano. Estos en mayor o menor grado influyen en la formación personal del historiador.

En segundo lugar quisiera tratar de la misión formativa del profesor de Historia frente a sus propios alumnos. Aquí tratamos del impacto del carácter y enseñanza del profesor en los que están puestos bajo su responsabilidad.

- a.) Formación personal
- b.) Formación nacional
- c.) Formación universal

- a.) Formación personal.

El profesor de historia busca comunicar el espíritu de entendimiento de las cosas, a base de la enseñanza sobre ciertos personajes y acontecimientos. Entre los aspectos más salientes de esta enseñanza, deben figurar:

- (1) Las limitaciones de nuestro conocimiento
- (2) El interés en el detalle
- (3) El peligro del juicio apresurado
- (4) La apreciación del carácter
- (5) El sentido del tiempo
- (6) El sentido de una cultura

- (1) Las limitaciones de nuestro conocimiento

El conocimiento humano es limitado. No somos dioses de la historia y es importante que nuestro estudio de la historia refleje interpretaciones fundamentadas.

Quizás en la adolescencia exista la tendencia de pensar que todo se sabe. Así que el profesor debe buscar la forma de hacer entender a sus alumnos, no tanto en forma explícita, sino implícitamente, que el estudio tiene que ir profundizándose siempre más en el conocimiento.

- (2) El interés en el detalle

No podemos aceptar las generalizaciones de otras personas. Casi siempre la investigación más minuciosa nos lleva a una historia más viva, más profunda. Documentos inesperados pueden echar nueva luz o algún detalle no observado puede asumir significado especial.

Todavía recuerdo el interés suscitado en mí por un comentario de Mattingly en su libro sobre la Armada Invencible. Cuenta cómo Sir Francis Drake (almirante o pirata, según los criterios diferentes) quemó la madera utilizada en la fabricación de los toneles para agua y alimentos, obligando así al uso de madera verde. Los alimentos y el agua rápidamente se descompusieron y sugiere el historiador que la quema de la madera fué un golpe más severo que la conflagración de las naves en la bahía de Cades.

- (3) El peligro del juicio apresurado

Es fácil en el calor del momento emitir juicios que no se conforman con la realidad total de una situación. El tratado Vivanco-Pareja ha

sido objeto de críticas desfavorables por historiadores y juristas, calificado como convenio humillante, vergonzoso y lesivo para los intereses de la nación (5). Pero también es posible argumentar y con justicia que el tratado salvó al Perú de una invasión y permitió la llegada de armamentos de fundamental importancia en la defensa del país en 1866.

(4) La apreciación del carácter

El profesor, al estudiar los grandes personajes de la historia, debe preocuparse por presentar no una caricatura sino un retrato del personaje, subrayando su contribución como persona, como estadista. Las Escrituras ofrecen estudios-modelo de hombres como José, Moisés, Saúl, y David.

(5) El sentido del tiempo

El profesor de historia debe preocuparse del factor "tiempo" no tanto para medir la duración de su clase - sino para enfocar el significado del tiempo en la historia humana. Algunos dicen que las revoluciones son irreversibles. No acepto tal criterio, pero el tiempo que vivimos sí lo es. No podemos nunca recapturar los segundos que acaban de pasar. La memoria puede ayudarnos a recordarlos, pero nunca volveremos a vivirlos. El futuro es desconocido, miramos hacia la neblina que cubre lo desconocido y esperamos las eventualidades de lo que proponemos.

Pensar también que si estuviéramos en estos momentos en algún planeta a unos 1950 años luz de la tierra con un telescopio sumamente poderoso podríamos ver en Nazaret al joven Jesús trabajando en el taller de su padre.

Debemos comunicar algo del misterio del concepto del tiempo.

(6) El sentido de la cultura

Las formas de vida y de pensamiento van cambiando con los siglos. Es sumamente importante comunicar algo de este concepto del ser humano y sus formas de pensar y actuar. Los juicios emitidos deben reflejar la comprensión del pensamiento del pasado y de los elementos que han contribuido a su formación.

b.) Formación nacional

La historia en la formación de una nación es de innegable importancia. Ganada la independencia para un país, es muy usual que

(5) Jorge Arias Schreiber Pezet, El General Juan Antonio Pezet.

su historia se escriba, no debe ser meramente la narración de los grandes acontecimientos sino de la vida y carácter de la nación en sus corrientes profundas como también en sus cataclismos.

La debilidad de su pasado, los errores, deben tratarse, pero dentro de una visión panorámica. Nadie tiene derecho a condenar en forma absoluta a su país. Los únicos que se preocupan de esta actitud negativa hacia la historia son los que vienen con esquemas históricos preparados y la historia no se estudia así.

Debe alentar el estudio de la historia nacional un espíritu de esperanza. La esperanza no corresponde a la Historia en sí pero corresponde al hombre, y corresponde al profesor de historia presentar la historia de su país en este marco de referencia, no de esperanzas irreales, pero sí de una amorosa lealtad a la verdad.

La formación nacional se hace a base de entendimiento, dice el Dr. de la Puente: "Al estudiar historia con la mayor pulcritud científica, estudiamos parte de nuestra vida tanto en el sentido personal como en el sentido comunitario y nacional. Los problemas de un pueblo, así como los problemas de un hombre tienen que esclarecerse a la luz de la vocación, del estilo, de la tradición de ese pueblo o ese hombre. El presente tanto en el hombre como en la nación se entiende dentro de la tradición histórica" (6).

Las palabras de don Miguel de Unamuno también vienen al caso:

"Toda su labor conspira a eso, a fundar la verdadera y durable independencia de su pueblo, la independencia espiritual. Independencia espiritual. Independencia relativa, claro está, yá que, en rigor, no hay nadie independiente. Todos vivimos dependiendo los unos de los otros; he aquí un incontrovertible lugar común. Pero llamamos independiente a aquel que se apropia y asimila lo que los otros le dan, que lo toma como alimento que en propia sustancia y a imagen y semejanza de ella lo elabora. Y es un pueblo espiritualmente independiente el que crece orgánicamente, por asimilación de materia, y no mecánicamente por yuxtaposición de ella".

c.) Formación universal

El alumno se está preparando para la vida. El profesor tiene el

(6) José Agustín de la Puente Candamo. ¿Por qué estudiamos historia? En: *Enseñanza de la Historia*. Lima, Instituto Riva-Agüero, Abr., 1969. N° 1.

privilegio de participar en esta tarea. La formación individual, la formación social y nacional son importantes, pero existe una formación más fundamental y universal que trasciende la historia individual y la historia de este universo. Participar en esta formación, no meramente de calidad de conocimiento, sino de calidad de vida también compete al profesor de historia.

William M. Mackay Higgs

“El campo de estudio de la Historia es la sociedad humana, en sus múltiples manifestaciones en el espacio y el tiempo. A través de este estudio adquirimos elementos esenciales para entender al hombre, a nuestra realidad contemporánea, al mismo tiempo que el cúmulo de experiencias históricas nos permite elaborar normas de acción válidas para orientar nuestra práctica futura”.

Luis Marcos Bonano

“...la conciencia nacional se suscita y se afirma en el fuero interior de una persona o de una comunidad, cuando se conoce la trayectoria, la tradición, la historia de ese país, de ese ser nacional...”

César Pacheco Vélez

ALGUNAS IDEAS SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DEL PERU

Enseñar es educar y educar es formar. De ello se desprende que enseñar Historia del Perú es educar para formar buenos peruanos. Cualquier otro objetivo del curso discrepa con su esencialidad. Gran cuidado, pues, se ha de tener con la enseñanza de la Historia Patria si se quiere que su fruto sea óptimo. De no ser como se expone, el curso no forma sino deforma.

A este respecto creemos pertinente hablar del Profesor, del Alumno y del material didáctico del curso de Historia del Perú. No vamos a decir nada nuevo, pero lo vamos a decir ahora y aquí con ánimo de ordenar alnos pensamientos a la hora de cumplir con un artículo solicitado. Perseguimos la objetividad, no la originalidad.

El Profesor, en primer lugar, debe dominar su curso, dictarlo con patriotismo y contar con las condiciones necesarias que hacen inmejorable su labor. Dominar su curso es saberlo a la perfección y esto no es posible a los maestros improvisados sino sólo a los maestros de carrera: los que tienen auténtica formación magisterial. Dictar el curso con patriotismo es hacerlo con fervor patriótico, convencimiento y cordura, jamás con chauvinismo o pesimismo, soberbia o resentimiento. Finalmente contar con las condiciones necesarias equivale a ganar un sueldo justo que permita vivir con dignidad y tener en el plantel los elementos materiales para poder desarrollar el cometido. Para alcanzar todo esto son imprescindibles dos cosas: tomar conciencia de la situación y (desgraciadamente) dinero. Podemos añadir que existe actualmente un grave obstáculo para que el maestro pueda preparar su clase con éxito y es la falta de bibliografía adecuada. Ayudaría a salvar la deficiencia la creación de la Librería Magisterial, dependencia del Ministerio de Educación, con sucursales en todas las capitales de departamento, acaso en los locales del Instituto Nacional de Cultura. Allí los maestros podrían adquirir la bibliografía básica y conexas sobre su curso de Historia Nacional. Los precios tendrían que ser módicos,

los pagos efectuarse con facilidades o si no por un cómodo sistema de descuento mensual. Con todas estas ayudas ofrecidas por el Estado, el maestro deberá preparar su clase y, finalmente, dictarla sin teñirla con ningún color político. Ya sabemos que esto último hoy no es fácil de cumplir, pero tampoco hay que olvidar un detalle: La política pasa, el Perú queda.

El Alumno, por su parte, estudiará la Historia del Perú para conocer el pasado de su Patria. Conocerlo y comprenderlo, porque a nadie es dado amar lo desconocido y lo incomprensible. Conociendo de dónde viene, descubrirá dónde está y hacia dónde debe ir. El problema no es insoluble, ni siquiera difícil. Bastará con que el alumno jamás se sienta engañado y esto, naturalmente, coincide con el objetivo de la asignatura. La Historia es una ciencia y su meta es la Verdad. Al alumno, pues, no hay que inventarle o disfrazarle nada. En todo caso hay que prepararlo para que sea un crítico, pero el peligro es que se convierta en un sub-crítico o que devenga en hiper-crítico. El alumno con la verdad en la mano estará en posesión de la mejor herramienta de trabajo. Por eso se le debe de ofrecer una Historia que sea la reconstrucción del pasado como pasado, un pasado tal como fue y no como creemos que fue, un pasado como sucedió y no como quisiéramos que hubiese sucedido.

La Historia debe ser -repetimos- aclaradora del pasado, explicadora del presente, iluminadora del porvenir. Nuestra Historia, con relación a otros pueblos de América y del mundo, es excepcionalmente rica. Sin embargo, los peruanos no constituimos un pueblo superior ni inferior a los demás pueblos de la tierra. Somos parecidos a muchos, pero distintos a todos. Somos un pueblo más, pero al mismo tiempo único. Y esto creo que también es fácil de comprender, salvo que haya obstinación o engegucimiento: nuestro género próximo es la Cultura Occidental, nuestra diferencia específica es la Cultura Andina. No creemos en Culturas Asumentes ni en Culturas Asumidas, creemos en la Cultura Peruana impregnada de Peruanidad. Las cosas deben ser claras si quieren ser grandes y, cuando más, edificadas con la arquitectura del sentido común.

Volviendo a nuestro propósito, vale decir, retomando el esquema de estas líneas, nos ocuparemos ahora del material didáctico. No será de libros, cuadernos ni pizarras, sino del material didáctico actualmente de excepción. Concretamente, nos vamos a referir a la radio y a la televisión.

Por radio se pueden lograr cosas magníficas, especialmente para ese público que trabaja al alcance de los altoparlantes (mercados, fábricas, talleres) o vinculado a su receptor individual (el artesano, el vendedor). Mejor todavía es el caso de los campesinos con sus pequeños aparatos radiales que funcionan gracias a pilas o transistores.

En todas partes del mundo la radio es un medio de difusión cultural. En el Perú se hace relativamente poco, casi nada o nada. Imaginamos a modo de remedio clases de Historia del Perú dictadas radialmente en horas escolares para los alumnos de la Costa, de la Sierra y de la Selva. No deben ser clases que reemplacen al maestro del curso, pero sí que lo ayuden a sobrellevar su aislamiento cultural. En otro momento, fuera del horario escolar, podría haber transmisiones especiales para que tales maestros preparen sus clases con una anticipación de cuatro semanas. Quedándonos en este último caso los maestros llegarían a grabar cinta magnetofónicas, a reunir series de charlas, a terminar contando con una valiosa colección de temas de Historia del Perú. Se objetará que no todos los maestros peruanos tienen los medios para comprar un aparato de radio, una grabadora, las cintas magnetofónicas. Se responde a ello que el Estado tampoco se las va a obsequiar, pero sí vendérselas como hemos dicho en la factible Librería Magisterial.

Respecto a la televisión creemos que no debería faltar en ningún plantel estatal, tampoco en los planteles particulares. Cursos íntegros de Historia Patria o la conmemoración de importantes efemérides se pueden poner al alcance de los alumnos por este sistema tan divulgado en el mundo. Clases de historiadores volcados al lenguaje escolar y adaptadas a la mentalidad de los estudiantes serían invaluable. También tales programas alcanzarían la opción, a todos los alumnos del país, de conocer directamente el contenido de los museos, la grandiosidad de Machu Picchu o de Sacsahuamán, el valor artístico de las iglesias coloniales o la importancia militar del Real Felipe del Callao, la Pampa de Quinua o el escenario de las batallas de San Juan, Miraflores, Concepción, Pucará, Marcavalle o Huamachuco. En todos los países desarrollados se hace esto, el nuestro está clasificado de país sub-desarrollado, en consecuencia creemos que aquí hace más falta que por allá.

Con lo dicho no hemos querido "revolucionar" la enseñanza de la Historia Patria sino simplemente hacerla "evolucionar" hacia una didáctica mejor. No nos sentimos salvacionistas, pero sí en el deber de confesar lo que pensamos por si alguien lo considera útil y posible.

José Antonio del Busto Duthurburu

MIGUEL GRAU

Al estudiar la Historia del Perú nos encontramos con múltiples y reveladores ejemplos de heroísmo; heroísmo personificado en hombres que prefirieron inmolar su vida a abandonar o traicionar a la Patria. De ahí, pues, que resulte fundamental, dentro del esquema de la enseñanza de la historia nacional, recordar la existencia de aquellos hombres; pero, por otro lado, creemos también de vital importancia estudiar al personaje no sólo bajo la aureola exclusiva de su heroicidad, sino también desde otra faceta: la humana propiamente. O sea ver en él, si se quiere, al hombre poseído de virtudes, defectos, inquietudes, desvelos, anhelos, y esperanzas en el transcurrir de su quehacer cotidiano.

En esta oportunidad, presentamos la figura de uno de nuestros más preclaros e ilustres compatriotas, don Miguel Grau. No se trata aquí de explicar su biografía ni de entrar en pormenores sobre su heroica hazaña; sólo queremos resaltar algunos rasgos que nos permitan aquilatar y entender al ilustre marino en el marco de su vida real, de su mundo íntimo y familiar. En otras palabras, no interesa develar su actitud frente a su familia, a sus amigos y a la guerra misma de la que él en esos momentos era uno de tantos partícipes. Para ello glosaremos algunas cartas del mismo Grau dirigidas a distintas personas y en circunstancias también diferentes. Empecemos:

En una carta dirigida desde el monitor "Huáscar" a su hermana política doña Manuela Cabero de Viel, se advierte en Grau una profunda y sentida calidad humana; se ve ahí al hombre antes que al soldado, que no escatima palabras para rendir homenaje al caído jefe chileno. Dice:

"El valiente comandante de la "Esmeralda" murió como un héroe en la cubierta de este buque, en momentos en que emprendió un abordaje temerario. Yo hice un esfuerzo supremo por salvarlo, pero desgraciadamente fue ya tarde. Su muerte me amargó la pequeña victoria que había obtenido y pasé un día muy afligido".

El 2 de junio, en carta enviada a la viuda de Arturo Prat, Grau reafirma su noble espíritu humanitario y su innato don de caballerosidad al remitirle no sólo las prendas pertenecientes al marino chileno, sino reiterarle la admiración y respeto por la hazaña valerosa de su esposo. Le expresa:

“Un sagrado deber me autoriza a dirigirme a Ud. y siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a rememorar, contribuya a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla. En el combate naval del 21 próximo pasado, que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas y chilenas, su digno y valeroso esposo, el Capitán de Fragata don Arturo Prat, comandante de la “Esmeralda”, fue como Ud. no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su patria”.

En la carta dirigida a su esposa doña Dolores Cabero se descubre la imagen de nuestro personaje en su verdadera dimensión humana: la del esposo tierno y cariñoso, amante de su mujer e hijos. Le manifiesta:

“Ayer tarde regresé del Sur y tuvo el grato placer de recibir varias cartitas tuyas, las que me han proporcionado la dicha de saber que tanto tú, vida mía, como las niñas se conservan, a Dios gracias, sin novedad... En Antofagasta tuve que sostener el día 28 un combate, perdí un oficial, Heros, que fue destrozado por una bomba. No he recibido la bufanda que me dices, tú o Dolores que me mandó Polita. Recibí la encomiendita que me mandaste con Carlos Ferreyros. Te doy por ella un millón de gracias”.

En la carta dirigida a doña Mercedes Cabero de Viel se advierte el afán pacifista de Grau al condenar la lucha entre los dos países hermanos. Dice:

“Te aseguro, querida hermana, que cada día estoy más contrariado por no verle todavía un término a esta guerra, que yo siempre he considerado y considero hoy mismo como fratricida o guerra civil”.

Finalmente, en la carta que dirigió a su compadre el diputado Carlos M. Elías, manifiesta un sentimiento de total desprendimiento y humildad frente a lo que en ese instante se le ofrecía: el ascenso y el goce de los privilegios que de ello se derivaba. Se expresa así:

"Si algo pueden halagar en este mundo los honores militares, ciertamente yo debía estar muy satisfecho, como en efecto lo estoy, por haber obtenido un ascenso por unanimidad en ambas cámaras, y sin embargo de esto me he visto obligado a renunciar, no al contralmirantazgo, que no se puede, pero sí a los goces y uso de la insignia, por muchas razones que reservadamente te voy a referir".

Estos pocos testimonios nos permiten, pues, comprender en toda su magnitud la dimensión humana que siempre caracterizó a Grau, tanto en los actos de su vida privada como en el ejercicio de sus funciones integrando el cuadro de oficiales de la Armada Nacional.

Raúl Palacios Rodríguez

LOS CONCEPTOS SOBRE AMERICA

El concepto de América en la Bibliografía

La inquietud por precisar el alcance de este término está reflejada en el pensamiento y en la obra de autores tanto americanos como europeos y se advierte que no hay acuerdo sobre el sentido exacto del mismo. Se puede decir, sin embargo, que los escritos acerca del tema se remontan sólo al siglo pasado, al periodo posterior a la separación de las antiguas colonias de sus respectivas metrópolis.

Entre los primeros estudiosos del tema encontramos en el siglo XIX a Andrés Bello, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento, Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, Eugenio María de Hostos, Manuel González Prada y, en el presente siglo, a Francisco García Calderón, Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, Keyserling, H. A. Murena, Ezequiel Martínez Estrada, Víctor Massuh, José Carlos Mariátegui, Leopoldo Zea, Edmundo O'Gorman, Waldo Frank, Víctor Raúl Haya de la Torre, Guillermo Francovich, Abelardo Villegas, Francisco Miró Quesada, Afranio Coutinho, Pierre Chaunu, John L. Phelan, Gustavo Beyhaut, J. M. Briceño Guerrero, Gino Germani, Gilberto Freyre, Norberto Rodríguez Bustamante, Jean Casimir, María Elena Rodríguez de Magis y otros, quienes representan distintas épocas, ideologías, clases sociales y nacionalidades, pero una sola preocupación común: América. Revisando el pensamiento de todos ellos vemos como el problema se expresa a través de dos actitudes: la afirmación de la existencia americana, y dentro de ella una variedad de matices, de limitaciones y connotaciones en función de sus respectivas mentalidades; y la negación de la existencia de América como unidad esencial, aunque esta segunda posición tiene escasos representantes.

Lo anterior nos lleva a plantearnos a nosotros mismos la interrogante sobre el alcance del término América y sus diversas variaciones, para lo cual creemos necesario remontarnos brevemente al pasado para tratar de ubicar en el tiempo la aparición del nombre, y

cuándo y cómo se generaliza su empleo y se inicia el proceso de diferenciación del Continente Americano hasta llegar a su desintegración actual.

Cabe señalar entonces que la existencia de este Continente se ignora hasta 1492 y aún en ese momento no se cree que sea un territorio distinto de los conocidos hasta ese tiempo por lo que recibe el nombre de Indias Occidentales con el cual será conocido hasta el siglo XVII, juntamente con el apelativo de Nuevo Mundo o, en forma fraccionada, por los títulos de los diferentes Virreinos españoles o de las colonias inglesas, francesas u holandesas, pese a que muy poco tiempo después de su descubrimiento por Colón se le llamó América. El nombre de América quedó en el olvido hasta el siglo XVIII, cuando a través de la Literatura Ilustrada se le empieza a identificar como la tierra de la felicidad ideal por encontrarse allí el hombre más cerca de la naturaleza, a diferencia de los estereotipos de la sociedad europea del siglo. También parece haber influido en esta divulgación del nombre la toma de conciencia de los americanos de ser algo diferente de Europa, pese a estar ya involucrados en la cultura occidental. Manifestaciones en este sentido las tenemos en el título dado por Viscardo y Guzmán a su proclama revolucionaria: Carta a los españoles americanos y en la consecución de la independencia de las colonias inglesas que toman el nombre de Estados Unidos y asumen para sí el complemento de Estados Unidos de América y ya desde los años siguientes a 1776 empiezan a generar su concepción de la solución de los problemas del Continente a nivel interno, bajo su dirección, con lo que se fortalece la idea de la existencia de un todo llamado América.

Al llegar al siglo XIX encontramos que, luego de producida la independencia de México y Centro y Sudamérica, aparecen nuevos términos que indican un fraccionamiento de esta realidad: América Latina o Latinoamérica, aunque más empleado es el primero; Hispanoamérica o América hispana, Ibero América, América del Norte, del Centro y del Sur y ya en este siglo otro nuevo concepto: Indoamérica. Todo esto sin considerar los nombres nacionales que prefiguran la desintegración de América en los diversos estados que la conforman.

Unidad y diversidad de América

Tal como se puede apreciar históricamente parece haber pasado el concepto americano por un proceso de desligamiento hasta quedar reducido a un conjunto de Estados que, aparentemente, está sólo unido por un territorio común, con una infinidad de elementos que marcan la diferenciación cada vez mayor del Continente. Se pasa de una unidad geográfica en cuanto está enmarcado por los Océanos Atlántico y Pacífico, a una diversidad dada por razas distintas, lenguas infinitas,

sociedades estructuradas en forma peculiar, economías en diferente nivel de desarrollo, formas políticas igualmente originales, aunque la etiqueta externa, sea una sola, y características culturales donde se refleja de una manera evidente la idiosincracia, la mentalidad, el ancestro cultural -si se quiere- propio de la región o del grupo social específico. Pero si planteamos de este modo el problema caemos en el extremo que refuta Rodríguez Bustamante de poder llegar a desmenuzar hasta el hombre individual cuando buscamos las identidades de un hombre con otro, ya sea en un continente, en una nación, en una región, en una provincia, en una ciudad, barrio o familia. Siempre habrá elementos de diversificación que nos permitan rechazar las generalizaciones de características comunes y es entonces cuando tenemos que definir si tratamos de darle contenido a un concepto abstracto, colectivo, o si tratamos de identificar a cada hombre concreto como americano o Latinoamericano, etc.

En América podemos hacer una división desde el punto de vista geográfico: América del Norte, América del Sur y América del Centro, pero esta división es puramente accidental, no significa una barrera efectiva entre los pueblos de las tres partes mencionadas. Son más los elementos de unidad que podemos advertir frente a la división natural.

Otra división es la que se deriva del tipo de colonización, de la influencia sufrida en estos territorios y lleva a hablar de América anglosajona y América latina, términos que para el siglo XX resultan los más significativos. ¿Existe realmente esta división entre las más antiguas colonias inglesas y las españolas, portuguesas o francesas? Autores como Luis Alberto Sánchez llegan a sugerir que tal diferencia fue promovida por las potencias europeas en el siglo pasado con el objeto de impedir una unión completa entre los pueblos americanos puesto esto frenaría sus expectativas de expansión ya no militar, pero sí política, económica y cultural sobre los nuevos estados, porque tanto la cohesión como la simple fuerza natural de un territorio de las proporciones de nuestro continente y una sociedad en pleno crecimiento podía llegar, incluso, a representar un peligro de contraofensiva sobre Europa. A esta actitud europea se agrega la de los Estados Unidos, quienes se titulan "americanos por antonomasia" y esta idea es compartida por los europeos (un ejemplo se tiene en Las civilizaciones actuales de Fernand Braudel, quien vierte este concepto en forma axiomática), y aun el resto de americanos acepta fácilmente esta apropiación de nombre.

Esto lleva a la restricción del término América cuando queremos identificar la parte del continente que no es Estados Unidos y apelamos a los apelativos de América Latina, América Hispana, o cualquiera otra denominación que califique y determine el nombre América. Este problema se ha hecho coincidir con las realidades

diferentes que son los pueblos de influencia latina y los de influencia sajona.

Veamos ahora la posible unidad en América, exceptuando el núcleo anglosajón. ¿Existe América como realidad concreta? La respuesta ha variado mucho según el concepto de diferentes autores. La mayoría ha restringido el término y esto conduce a tratar en forma particular el caso de América Latina. La existencia de la otra América no es cuestionada, es más, los mismos norteamericanos están convencidos de su existencia, de su unidad y así resulta que ni europeos, ni americanos en general, ni hombres de otros continentes discuten su existencia, pero frente a nosotros si se formulan interrogantes y tenemos obras como la de Luis Alberto Sánchez, quien sin ánimo de negar esta existencia, tituló la primera edición de su obra sobre este tema, ¿Existe América Latina? y en junio de 1969 la revista Mundo Nuevo publicaba una polémica sobre ¿Qué es América Latina? y allí Afranio Coutinho, escritor brasileño, negaba su existencia, mientras Gino Germani afirmaba lo contrario y consideraba su ser concreto como una necesidad, titulando su opinión América Latina existe y si no habría que inventarla. Paralelamente, en la revista de la Universidad Autónoma de México Anuario de Estudios Latinoamericanos-Latino América 2 se publicaba una serie de artículos sobre el tema que nos preocupa, entre los cuales el venezolano J. M. Briceño Guerrero habla de la Unidad y diversidad de Latinoamérica y llega a la conclusión de que América Latina no existe y que se trata simplemente de una etiqueta que bajo sí no tiene un contenido real.

El punto de partida de la discusión nos parece que procede del origen del término. En el siglo pasado se generaliza el pensamiento sobre la superioridad de las razas, -doctrina que aceptaron por igual europeos y americanos-, al punto de producirse en el americano el trauma de su inferioridad y de su incapacidad cultural frente al europeo que arrastraba tras de sí siglos de historia y que en ese momento seguía a la vanguardia de la cultura occidental. Pensadores como Alberdi, Sarmiento, García Calderón (ya a principios de este siglo) aceptan a ciegas este mito y miran hacia Europa, mientras que los demás intelectuales, -con escasísimas excepciones como Bilbao, Lastarria y González Prada-, sin la virulencia de los primeros nombrados sienten sobre sí el peso de su inferioridad, a la cual se resignan y así se explica el porqué de la política inmigracionista con la finalidad del mejoramiento de la raza, la cultura y la historia, es decir, poder presentarse con algún decoro ante el mundo europeo occidental.

Aquí América Latina reniega de su pasado, lamenta su origen indígena, sufre por el mestizaje que le ha traído una de las grandes taras culturales y termina por ser lo que señala Alberdi "un europeo en América" y "un americano en Europa", es decir: un inadaptado. El americano en ese momento no siente la unidad, aunque ya como uno

de los indicios de ella podría darse el mismo hecho de no aceptar su pasado, ese rasgo ya identifica al americano, aparte de los otros elementos de orden político (ejemplo: los caudillos del siglo XIX), social (la condición del campesino, es un aspecto), cultural, económico y, en general, de mentalidad que se dan en el americano en forma constante.

Para hacer más compleja la discusión debemos seguir en el siglo pasado y acercarnos a la Francia del Segundo Imperio donde encontramos las tendencias expansionistas y nacionalistas de Luis Napoleón, quien intenta no sólo ampliar los límites de Francia en lo geográfico sino adjudicarse el papel de abanderada de la cultura latina, un cierto sentido mesiánico combinado con un criterio político-económico, pues la defensa de la cultura latina significaba también el tener acceso o prioridad en los pueblos de la misma cultura, en calidad de protector. De aquí derivaba, naturalmente, la caída de los estados latinoamericanos bajo su égida. Este razonamiento fue el que le hizo concebir la idea de organizar un estado monárquico en México, pues la cercanía de Estados Unidos, pueblo anglosajón, y sus grandes ambiciones sobre el país colindante, era una amenaza para la cultura Latina del continente americano (Phelan). Esta fue raíz de la difusión del concepto, la que lleva a pensar en el intento neocolonial francés ya no a través de los ejércitos sino por medio del dominio económico y cultural. Aún en el caso de la invasión a México no se piensa en el mantenimiento de fuerzas permanentes, sino en el surgimiento entre los propios mexicanos del respaldo militar que debía garantizar el establecimiento francés allí, es decir la perennidad de sus influencias.

El término Latino América se identifica así con el desapego por lo americano y con los intentos neocoloniales europeos, se limita la perspectiva de lo que es América y por negar estos elementos que efectivamente son ajenos se llega a la falta de visión sobre la verdadera América.

La existencia de América

América existe, es un hecho real, no sólo geográfico. Allí pese a que el origen indígena de gran parte de su población no es único -pensemos en los hombres del Caribe y los hombres del Ande-, a que los primeros conquistadores fueron suplantados por los inmigrantes del siglo XIX y del siglo XX; a que tampoco la historia es común -se dan casos como los Mayas y los Araucanos-, etc., ha habido retos que aunque han sido contestados de manera diversa por cada pueblo, a la larga han dado como resultado una comunidad de situaciones. El mismo hecho de ser colonizadas, de haber sufrido la presión de la cultura occidental, que en mayor o menor medida ha penetrado y se ha convertido en un patrón para las sociedades americanas, aún con toda la gama de variantes que se quiera señalar es ya un indicio de

cercaña. Luego, la actitud entre fines del s. XVIII y principios del siglo XIX buscando la ruptura con la metrópoli es también otro elemento de unidad. La angustia frente a la ausencia de historia igualmente subraya otro rasgo común para el Latinoamericano, pues allí se identificaron mexicanos, argentinos, peruanos, venezolanos y, prácticamente, todos los pueblos americanos que, olvidando su propio pasado buscaban su modelo en el mundo occidental. También encontramos coincidencias en la época actual por la situación de subdesarrollo, que aun cuando se da también en forma peculiar y con diversidad de intensidad, es un rasgo común a todos y determinante de una búsqueda de unidad que para algunos es un retorno a esa idea bolivariana. Los intentos actuales de un Congreso Latinoamericano, de mercado común, de comisiones de ayuda interamericana, todo lleva a la idea de fortalecer algo que necesariamente existe, pero que no ha sido precisado porque se ha perdido su verdadera dimensión y se ha buscado una unidad latinoamericana igual a la europea, se ha tenido como meta algo postizo que no respondía a la esencia americana, de allí los equívocos y la ausencia de elementos comunes. Esto no quiere decir que se pase al otro extremo, a la negación absoluta de toda herencia occidental y a tratar de considerar América como un mundo aparte, totalmente original hasta caer en lo extravagante, sino como dice Leopoldo Zea: América debe buscar su originalidad fuera de Europa, pero partiendo de la cultura occidental, dentro de la cual está involucrada. Lo original debe estar en el futuro, en la respuesta a los retos, a los desafíos actuales, en la forma de conseguir su desarrollo, que indudablemente será distinto entre los llamados países del Tercer Mundo. Esta podría ser una prueba más de la unidad americana: la forma como se organicen los países americanos, asiáticos y africanos en el proceso de desarrollo.

Al hablar de la existencia de América Latina, se habla también de la formación de un nuevo hombre que sea el representante auténtico de lo americano y aquí nuevamente se presentan discrepancias. ¿Cómo debe ser el nuevo hombre? ¿está formado ya? ¿Cuándo empezó a formarse? Lo primero que cabe señalar aquí es que ya en el siglo pasado al romperse los vínculos con España estaba en pleno proceso de formación, cuando no formado, en el siglo y medio posterior va terminando de configurarse, con todo el peso de su pasado que en un principio rechazan, pero que no deja de ser suyo, y que por una posterior aceptación llegaría a permitir el diseño de un "tipo de hombre americano".

Margarita Guerra Martiniere

OPINIONES SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

En 1973 presentamos al reverendo padre Armando Nieto Vélez S.J., reconocido profesor de Historia, un cuestionario sobre algunos problemas de la enseñanza de su especialidad, cuya respuesta ofrecemos a continuación (Raúl Palacios Rodríguez y César Gutiérrez Muñoz).

1. ¿Para qué sirve la historia? ¿Tiene alguna utilidad inmediata?

La historia como rama del conocimiento y de la enseñanza no se agota en el mero recuerdo del pasado. Nos muestra cómo hemos llegado a ser lo que somos. Una persona, un pueblo, no se explican por lo que son simplemente en un determinado momento; su comprensión integral proviene del análisis de su devenir, esto es, de su historia. La historia, además, enseña a conocer la realización de las posibilidades del hombre a través del tiempo. Esto no se puede lograr solamente por medio de un estudio filosófico o antropológico abstracto.

2. ¿Para qué sirve la historia en un país subdesarrollado como el nuestro?

Sirve para mostrarnos precisamente los condicionamientos de ese subdesarrollo; y, por tanto, nos puede dar la clave para poder salir de él. Cabe reiterar aquí que sin un conocimiento profundo de lo que hemos sido, no podremos saber lo que somos ni podremos planear un futuro coherente y próspero. El atleta, para poder dar un salto hacia adelante, toma impulso retrocediendo previamente. Un pueblo tiene que inspirarse en su tradición para que su impulso hacia el desarrollo no

sea quimérico y falaz.

3. A su criterio, ¿cuáles son las fuentes que sirven para la reconstrucción del pasado peruano?

Debe utilizarse todo aquello que nos ayude para reconstruir el pasado. No solamente el documento en sentido estricto. En este punto tiene razón Febvre cuando apela a todo tipo de recursos. Esto significa que el historiador debe tomar en consideración ciertamente los archivos; pero asimismo los signos, los paisajes y las tejas, las formas del campo y las hierbas nocivas; los eclipses de luna y los análisis de metal de arados y espadas..

4. Desde el punto de vista didáctico, ¿cómo se pueden utilizar esas fuentes en la enseñanza de la historia nacional?

Puede releerse el artículo siempre útil de Jorge Basadre sobre el particular, publicado en la Revista Mar del Sur (Lima, Nov-Dic., 1953, no 30, p. 22-51). Habría que insistir más en el uso de las fuentes que llamaríamos plásticas: cuadros, mapas, vistas fijas, películas, discos, cintas grabadas; visitas a museos, lugares históricos. Aquí hay un campo inmenso, del que sólo hemos recorrido unos palmos.

5. ¿Encuentra algún defecto fundamental que sea urgente de subsanar en la enseñanza de la historia del Perú en general? Y además de ese, ¿cuáles otros?

Considero que es una falla no proporcionar al alumno una visión integral del Perú. El país, por las razones de la división pedagógica de la materia, aparece muchas veces como compartimientos estancos, no sólo en el tiempo, sino en el espacio. Incario opuesto a Conquista; Sierra opuesta a Costa, etc. Otra falla sería reducir la enseñanza a los datos, a la erudición. Esto es aburrir al alumno.

6. ¿Qué pautas recomendaría al profesor de historia del Perú (especialmente al del período de la Independencia) para el mejor cumplimiento de su tarea?

Sugeriría modestamente al profesor de Independencia que no se

sujetara a la enumeración de conspiraciones, rebeliones, batallas, sino que pusiese énfasis en el magno tema de las causas de la Independencia. Es un campo muy vasto y que se presta a iniciar al alumno en la valoración de las mentalidades, de ideas, de los fenómenos económicos, sociales, espirituales.

7. ¿Cree usted que la enseñanza de la historia del Perú con un criterio unitario, o sea sin considerar aspectos regionales, resulte a útil y positiva? Por ejemplo, ¿puede interesarle la hazaña de Miguel Grau a un hombre de Huamanguilla o de Bagua?

Evidentemente que más interés despertaría en un alumno de Huancayo una clase sobre la Expedición de Arendales y su repercusión en el Centro del Perú, que un tema alejado de su región natal. Pero hay que evitar las exageraciones, que llevarían a la mezquindad regionalista y al empequeñecimiento del ideal nacional. La actitud de Tacna y Arica entre el Tratado de Ancón y 1929 hay que enseñarla en Tumbes y en Iquitos. Quiero decir, los valores humanos que descubrimos en un hecho histórico debemos hacer que interesen al alumno peruano de cualquier latitud.

8. ¿Cómo se debe enseñar el período de la Independencia? ¿Qué significa este término en nuestros días? ¿Es correcto hablar de Independencia, Emancipación o Liberación del yugo español?

La Independencia hay que enseñarla, por lo pronto, sin cometer el pecado técnico llamado anacronismo. Situarla en su época; conocer la mentalidad de esos hombres, sus móviles, sus grandezas y egoísmos. Quizás hoy el término 'independencia' tenga otros contenidos; hay que decirlo, pero sin minimizar injustamente esfuerzos de otros tiempos, hechos a costa de inmensos sacrificios. Creo que está plenamente justificado hablar de Independencia política a partir de 1821.

9. A su juicio, ¿cuál es la periodificación de la historia del Perú?

puede hablarse como lo hacen los manuales y textos, de época prehispánica, Conquista y Virreinato, Independencia, República. Esta división no prejuzga el estadio real en que puede vivir hoy, p.e., un campesino del Ande. Puede haber un desajuste en ese aspecto, pero la periodificación tiene un valor metodológico, funcional; y la que existe, con todos sus defectos, no ha podido ser desplazada por otra mejor.

10. ¿Cree usted que existe una o varias culturas peruanas?

Distingo. En la época prehispánica podemos diferenciar varias culturas: Chavín, Mochica, Nazca, Inca... Son varias, mientras no se demuestre lo contrario. Pero creo que la pregunta apunta más bien hacia la realidad actual del Perú. Hay ciertamente diversas formas de vida, que hacen que un costeño se sienta extraño en un ambiente indígena o selvático y viceversa. En este sentido existen varias culturas en el Perú. Cultura peruana sería aquella propia del Perú, es decir, ni la europea pura ni la del Tahuantinsuyo. Creo que si admitimos que el Perú es algo distinto de España y del Incaio, estamos en camino para encontrar una definición, difícil conceptualmente, de nuestra Patria. Es interesante comprobar cómo José María Arguedas, que representa una mentalidad distinta a la de Riva-Agüero y V.A. Belaunde, coincide con ellos en la valoración del mestizaje peruano. Esto hay que subrayarlo.

11. El avance de la investigación histórica es cada vez mayor y más rico. ¿De qué manera se podría coordinar este avance con el ejercicio mismo de la enseñanza de la historia?

Hay que abrir el diálogo entre los investigadores y los maestros. Hay que facilitar el acceso de los profesores a los libros, artículos, etc. que muestran los avances de la historiografía. En ese sentido, creo que

empresas como los cursos de perfeccionamiento que organiza periódicamente el Instituto Riva Agüero, los cuadernos "Enseñanza de la Historia", editados por el mismo Instituto, etc. deben ampliarse y alentarse más. Nada esteriliza tanto la enseñanza de la historia como limitarse siempre al mismo texto escolar y al libro antiguo, clásico sí, pero que no tiene en cuenta las investigaciones más recientes y las corrientes más modernas de la historia.

12. ¿Considera que lo económico en la historia es un factor decisivo?

Si por "decisivo" se entiende "importante", "significativo", creo que lo económico sí lo es. Si se entiende que "decisivo" es un factor de la máxima importancia, creo que lo económico no siempre lo es. Pero puede serlo. No hay que caer en extremos. Ni espiritualismo desencarnado, ni materialismo dialéctico. Fue Ortega y Gasset quien dijo acertadamente que Marx descubrió una rueda muy importante del vehículo de la historia. Pero hay gente que cree que Marx descubrió el carro entero.

13. ¿Cuál fue su experiencia en el viaje de Jaén con motivo del Sesquicentenario y cómo podría relacionarla con la enseñanza de la historia?

El viaje a Jaén me confirmó en que el Perú es una patria grande. Una ciudad distante de los centros culturales del Perú, casi en la frontera, y que sin embargo se siente peruana; y eso, por decisión no coaccionada de los antepasados de actuales pobladores. Aquí hay una continuidad que hay que valorar, y que debe citarse en clase como una muestra de que, a pesar del desgarramiento geográfico y las enormes distancias, hay algo que está por encima de lo puramente material y localista.

14. ¿Cómo enseñar el tema de los santos peruanos a los alumnos? ¿Humanos o divinos?

Los santos fueron hombres como nosotros pero que vivieron poseídos por el deseo de hacer de su vida algo grande. Los intereses egoístas no los cegaron. Son un ejemplo de valor moral que impulsa a la imitación. La fe religiosa no los hizo ensimismados e introvertidos, sino deseosos del bien de los demás. Martín de Porres, Francisco Solano, Rosa de Lima, Toribio de Mogrovejo, Juan Masías, representan modelos de entrega al bien del prójimo, dinámicos, eficaces por su recurso al Dios que todo lo puede.

15. En cuanto a los héroes, ¿hombres o semidioses?

Los héroes -paralelamente a los santos- representan el amor y la devoción a la Patria hasta el sacrificio. Tampoco son semidioses; pues tuvieron defectos y aun cometieron errores; pero hay en ellos una actitud que supera la mediocridad y el egoísmo innato en todo hombre; y esa actitud es la que hay que exaltar, con prudencia e inteligencia, porque el joven de hoy es justamente impermeable y reacio al ditirambo retórico. Ese mismo joven es sensible al hecho y a la actitud heroica. Y aunque no lo confiese al exterior -suele dárselas de escéptico y crítico-, en su interior reconoce los verdaderos valores.

“La aplicación a los estudios históricos y la reanimación por ellos del sentimiento patriótico han sido siempre y dondequiera la preparación indispensable para la regeneración positiva de un pueblo, su consolidación interna y el restablecimiento de su prestigio exterior”.

José de la Riva-Agüero y Osma

“La historia de la Amazonía puede reducirse a tres palabras: heroísmo, fe y trabajo. En todos sus períodos se hallan estos tres elementos. En todo tiempo hubo acciones heroicas, aliento de fe y esfuerzo denodado; pero hay que reconocer que el heroísmo es la nota predominante del descubrimiento y la conquista, la fe es la característica del período misionero; y el trabajo fecundo por la acción decisiva y eficaz del gobierno y la iniciativa de los habitantes de la Amazonía, es la nota del tercer período republicano o independiente. Si el primer período es obra principal de España, el segundo es obra de la Iglesia, el tercero es la obra del Perú republicano, en la que afirma su personalidad internacional”.

Víctor Andrés Belaunde

“El Perú que debemos estudiar y amar no es sólo el de ahora; muy imperfecto sería nuestro conocimiento y muy tibio nuestro amor si no se dilataran en el ámbito de los tiempos pretéritos.

A cumplir supremos fines nacionales está, pues, destinada la Historia en el Perú más que en ninguna otra parte. Es preciso, por lo mismo, atender, como a cuidado vital y primario, a su cultivo y propagación”.

José de la Riva-Agüero y Osma



IRA - BIBLIOTECA



63411000468575

Publicación Nº 103

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

INSTITUTO RIVA-AGUERO

Servicio de Cooperación con el Magisterio:

Percy Cayo Córdova, Margarita Guerra Martiniere,
Armando Nieto Vélez S.J., Raúl Palacios Rodríguez,
Pedro Rodríguez Crespo y César Gutiérrez Muñoz.

Camaná 459

Lima, 1

Apartado 1761